

Estos errores, que (lo repito) no pasan de la esfera teórica, tampoco impiden que la crítica literaria de Cervantes sea en general justa y atinada. Sobre todo, la receta que da para que se escriban buenos libros de caballerías, huyendo de las monstruosidades de los antiguos, si bien no nos autoriza para decir que Cervantes concibiese por primera vez la idea de la epopeya en prosa, puesto que es vulgarísimo en nuestros preceptistas del siglo xvi incluir á Heliodoro y al autor del *Amadís* entre los poetas épicos, y considerar el metro como cosa accidental en la poesía, demuestra en el autor del *Quijote* muy clara comprensión de las leyes de la novela, que él no quiere encerrar en estrechos moldes realistas, como algunos le achacan, sino que ampliamente la dilata por todos los campos de la vida y del espíritu. «Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que, facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborozen y entretengan de modo que anden á un mismo paso la admiración y la alegría juntas, y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud y de la imitación, en quien consiste la perfección de lo que se escribe. No he visto ningún libro de caballerías que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros, que más parece que llevan in-

tención á formar una quimera ó un monstruo, que á hacer una figura proporcionada.» Lo mejor que Cervantes encuentra en esos libros es «el sujeto que ofrecen para que un buen entendimiento pueda mostrarse en ellos, porque dan largo y espacioso campo por donde, sin empacho alguno, pueda correr la pluma describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas, pintando un capitán valeroso, con todas las partes que para ser tal se requieren.... pintando, ora un lamentable y trágico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento: allí una hermosísima dama.... acullá un desaforado bárbaro fanfarrón.... Ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias del Estado, y tal vez se le vendrá la ocasión de mostrarse nigromante, si quisiere.... Y, finalmente, puede mostrar todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto á un varón ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos. Y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invención, que tire lo más que fuere posible á la verdad, sin duda compondrá una tela de varios lazos tejida, que después de acabada, tal perfección y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente.... porque la escritura desatada destes libros.... da lugar á que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico y cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria:

que la épica tan bien puede escribirse en prosa como en verso.»

Á pesar de este y otros pasajes, no menos notables por la sensatez y el buen gusto, creo que acertará el que tome por medida del saber estético de los españoles en el siglo xvi, las obras de León Hebreo, del Pinciano y de Cascales, que tratan la materia de propósito, y no las esparcidas indicaciones de Cervantes, que sólo deben su mayor realce y perdurable vida á la prosa inmortal en que se hallan.

Tampoco era crítico de profesión, sino político y hombre de mundo y de negocios, el murciano D. Diego de Saavedra Faxardo, á pesar de lo cual, el sueño filológico de la *República Literaria*, exento de los vicios de afectación que desdoran otros escritos suyos, es, á mi entender, joya de mucho más precio que sus celebradas *Empresas*, gran repertorio de lugares comunes de política y de moral, harto difíciles de leer íntegros. Cada sentencia de por sí suele ser digna de alabanza, más por la expresión que por lo nueva ni por lo profunda pero, en realidad, el libro no está compuesto. Muy distinta cosa es la *República Literaria*, uno de los desenfados más ingeniosos y apacibles de nuestra literatura del siglo xvii, una también de las últimas obras en que la lengua literaria está pura de toda afectación y contagio. Todo es en esta *República* ameno, risueño y fácil, hasta el espíritu escéptico, ó, más bien, sofisticado, de desdetración de las ciencias; el cual, en vez de presentarse con el pedantesco aparato de Cornelio

Agripa, ó con la demoleadora crítica de nuestro médico Francisco Sánchez, viene á quedar reducido á un agradable juego de ingenio. Una fantasía viva y pintoresca, alegre y serena, baña de luz las ficciones y alegorías de este libro, que sería uno de los pocos verdaderamente áticos que tenemos en castellano, si se le quitasen algunas máximas y epifonemas pueriles que entre sus muchas agudezas y discreciones tiene. En lo que más se aventajó Saavedra, y es, á mi modo de ver, prueba indudable de que hubiera descollado mucho más en las obras de pura inventiva que en el magisterio político (ocupación cándida de muchos ilustres varones de entonces), es la fuerza plástica que logra dar á sus ficciones, de tal modo, que, cuando en mi infancia leí por primera vez esta *República*, me imaginaba contemplar la ciudad literaria con sus torres y baluartes, penetrar en la Aduana de los libros, ó asistir al tumulto de los poetas contra Escalígero: tal evidencia y precisión tiene todo. Estimando la *República Literaria* como ficción ingeniosísima, imitada, pero nunca igualada, por otros excelentes modelos, como la *Respublica jurisconsultorum*, del napolitano Januario; las *Exequias de la lengua castellana*, de Forner, y la *Derrota de los pedantes*, de Moratín, nó puedo, sin embargo, colocarla entre las obras que señalaron nuevos rumbos á nuestra crítica. Saavedra Faxardo, que la escribió como por juego, en horas perdidas de sus viajes, ó robadas á sus tareas diplomáticas, prosigue, sin notable originalidad,

la tradición clásica del siglo xvi, la de los Herreras y Medinas, transmitida al siglo xvii por preceptistas como Cascales, Robles y Baltasar de Céspedes. En las grandes cuestiones críticas de su tiempo, adopta un término medio, una especie de opinión templada, cierto eclecticismo elegante, propio de un gran señor que no toma parte activa en el combate, pero que tampoco quiere descontentar á nadie, y se deleita con lo bueno de todas partes. No toma partido ni en pro ni en contra del teatro de Lope de Vega, «en quien la naturaleza, enamorada de su misma abundancia, despreció las sequedades y estrecheces del arte.» Tiene por error de sistema la oscuridad de Góngora, pero le absuelve y disculpa, porque «en esto mismo salió grande y nunca imitable,» y derrama aplausos hasta sobre las monstruosidades del *Polifemo* y de las *Soledades*, en frases que por lo conceptuosas cuadran bien con la materia alabada: «Tal vez tropezó por falta de luz en su *Polifemo*, pero ganó pasos de gloria. Si se perdió en sus *Soledades*, se halló después tanto más estimado, cuanto con más cuidado le buscaron los ingenios y explicaron sus agudezas.» La elegante ligereza de Saavedra llega en ocasiones á ser demasiado ligera, sobre todo cuando juzga poetas muy remotos de su siglo, y mal comprendidos siempre por los críticos de gusto metódico y refinado. Apenas se pueden leer con tolerancia estas palabras, aun considerando que fueron escritas en pleno siglo xvii: «El Dante, queriendo mostrarse poeta, no fué científico, y que-

riendo mostrarse científico, no fué poeta, porque se levanta sobre la inteligencia común, sin alcanzar el fin de enseñar deleitando, que es propio de la poesía, ni el de imitar, que es su forma.» Baste, para disculpa de Saavedra, que hasta nuestro siglo no se han vuelto á levantar, ni en talía misma, los altares de Dante. Del Ariosto dice que «rompió las religiosas leyes de lo épico en la unidad de las fábulas y en celebrar á un Héroe solo;» y sólo se postra con respeto y reverencia ante el ara de Torcuato Tasso, el poeta más acomodado á su gusto de Arcadia y de Academia ¹.

¹ La mejor edición de la *República Literaria* es de Madrid (Benito Cano, 1788, 4.^o), con juiciosas notas, que generalmente se atribuyen al académico de la Historia Guevara Vasconcellos.

Al frente de la edición de Alcalá, 1670, 8.^o, y repetido en otras posteriores, se lee un extraño Prólogo del Dr. D. Francisco Ignacio de Porres, catedrático de griego en Alcalá, *Al lector amigo de las Musas*. Es pieza conceptuosa, en la cual el Dr. Porres, con pesadez bien ajena del libro que comenta, se propone demostrar que la *República* es una declamación paradójica contra la ciencia, semejante á la que Carneades hizo contra la justicia. En este Prólogo hay algunas doctrinas literarias curiosas, v. gr., que «no hace á la poesía el verso, sino la ficción imitadora, y que no es menos poeta Tertuliano en su *Palio*, Apulejo en su *Asno de oro*, que Homero en su *Iliada* y Virgilio en su *Eneida*, porque la imitación es el alma y forma de la poesía.» Lo cito para probar que en nuestras Universidades de fines del siglo xvii se mantenía sin contradicción la doctrina del Pinciano.

En atribuir la *República Literaria* á Saavedra y no á D. Juan Antonio de Cabrera (personaje desconocido), á nombre del cual la imprimió en 1655 D. Melchor de Fonseca, con el título de

Sus aficiones templadas y tímidas debían aislar á Saavedra de las dos poderosas corrientes literarias que en su tiempo renovaban la faz de la poesía lírica y de la dramática. Estos dos fenómenos, el uno de vida y el otro de muerte, eran el teatro nacional y el culteranismo, que se personifican respectivamente en dos grandes nombres, Lope de Vega y Góngora. Bebiendo Lope en los puros raudales de la poesía popular y de las tradiciones españolas, creó un teatro todo acción y todo nervio, rápido y animadísimo, lleno de fuerza y de inventiva, más extenso que profundo, más nacional que humano, pero riquísimo, espontáneo y brillante sobre toda ponderación, libre

Juicio de artes y ciencias, ni tampoco alicenciado Pedro Fernández de Navarrete, á quien se la quiso adjudicar Bosarte en su *Gabinete de lectura española* (1793?), con levisimos fundamentos, sigo la común opinión de nuestros críticos, sin resolver la cuestión por ahora. La *República* es literariamente muy superior á las demás obras de Saavedra; pero por ningún concepto podemos creer capaz de escribirla al autor de la *Conservación de Monarquías*.

Hay una obra española muy semejante á la *República* en su objeto, traza y disposición; pero de crítica más viva, original y aguda. Es el *Hospital das Letras*, de D. Francisco Manuel de Melo (Vid. *Apólogos Dialogaes compostos por D. Francisco Manoel de Mello...* Obra posthuma. Lisboa Occidental, na officina de Mathias Pereira da Sylva é Joan Antunes Pedrozo, 1721, pp. 293 y ss. En Melo (el hombre de más ingenio que produjo la Península en el siglo xvii, á excepción de Quevedo), se dió un fenómeno contrario al que generalmente se observa en nuestros escritores de aquella edad. Empezó por el culteranismo y por el conceptismo, y acabó por el decir más llano y popular, y por la más encantadora y maliciosa sencillez, como es de ver en estos *Apólogos* y en la *Guía de casados*.

además en el gran maestro y en sus primeros discípulos y émulo de los amaneramientos y de las rutinas que le enervaron después, acabando por convertirle en un género tan convencional como la tragedia francesa. Siguió á Lope con la misma libertad y con el mismo brío una legión de poetas, de los cuales sólo Tirso llegó á superarle en estudio de caracteres y profunda ironía, Alarcón en fundir la intención ética con la estética, de suerte que pareciesen una misma. Pero ninguno, ni Alarcón ni Tirso, llegaron á aquel poder inmenso de creación que abarca el mundo entero de las acciones humanas; á aquella vena pródiga é inexhausta que aun en las obras más imperfectas lanza raudales casi divinos; á todo aquel conjunto de cualidades que parecerían grandes repartidas en veinte poetas, y que, por disposición singular de la Providencia, se vieron derrochadas en uno solo, el gran poeta de nuestra Península, el hijo pródigo de la poesía.

Lo que este hombre, en fuerza sólo de su prodigioso ingenio, puesto que no le ayudaba poco ni mucho el prestigio moral, rindió, deslumbró y avasalló á sus contemporáneos, escrito está en las memorias contemporáneas, y, con ser mucho, aún nos parece poco para su grandeza. Pero en este coro de alabanzas que se levantaba en torno de las obras innumerables que cada día brotaban del horno siempre caliente de la inspiración de Lope, algunas voces discordaban, voces las unas de poetas dramáticos que, faltos de fecundidad ó de inventiva, se rendían en la desigual contien-

da, y soltaban de sus hombros la pesada mole que solamente los hombros de Lope podían subir á la montaña; voces las otras de humanistas fieles guardadores de la tradición clásica, cuyos preceptos les parecían conculcados y menospreciados por la exuberante inspiración del prodigioso dramaturgo. El sentido habitual de los humanistas españoles, el de aquellos mismos que más profundamente habían penetrado en las reconditeces de la *poética* aristotélica era mucho más favorable que hostil á Lope: lo hemos visto en el Pinciano y en González de Salas, y lo veremos luego en testimonios más explícitos; pero la oposición crítica existía más ó menos autorizada, más ó menos directa. Ya el barón Schack, en su excelente *Historia de la literatura y del arte dramático en España*¹, recogió estos ataques y las apologías también, facilitándonos mucho la tarea que vamos á emprender, con presencia siempre de los originales².

¹ *Geschichte der dramatischen Literatur und Kunst in Spanien. Von Adolph Friederich von Schack.... Frankfurt, Verlag von Joseph Baer, 1854.*

Tomo II, páginas 505 á 514. *Kritische Opposition gegen das Spanische Nationalschauspiel.*

Y en el *Nachträge* ó Apéndice, *passim*.

² Las más antiguas reglas de poesía dramática que he visto impresas, son las pocas que se contienen en el *probemio* de Torres Naharro á su *Propalladia*.

Define la comedia «artificio ingenioso de notables y finalmente alegres acontecimientos, por personas disputado.» Admite y sigue la división en cinco actos, sino que los llama *jornadas*, «porque más me parecen descansaderos que otra cosa.» Sobre el

Entre los contradictores del antiguo teatro, ninguno más famoso que Cervantes. Todos los españoles saben de memoria el razonamiento del canónigo sobre las comedias, al fin de la primera parte del *Quijote*, razonamiento tan traído y llevado en las polémicas literarias del siglo pasado, cuando los preceptistas de la escuela francesa trataban de escudarse con el mayor nombre literario de España, y los defensores de la gloriosa escena calderoniana no encontraban mejor escudo, que lanzar sobre la frente del príncipe de nuestros ingenios la tacha de envidioso de los aplausos de Lope de Vega. Tales polémicas pasaron, y el interés que animaba á Nasarre, á Huerta ó á Forner, tiene para nosotros un valor meramente histórico. La cuestión es hoy otra, y Schack la ha visto bien clara. ¿Cómo se compadece el rigorismo clásico de Cervantes con la manifiesta in-

número de personas enseña que «no deben ser tan pocas que parezca la fiesta sorda, ni tantas que engendren confusión... El honesto número me parece que sea de seis hasta doce.» El único precepto de índole estética que Torres Naharro da es el del *decoro* ó conveniencia (*quod decet*): «El decoro en las comedias es como el gobernalle en la nao, el cual el buen cómico siempre debe traer ante los ojos. Es decoro una justa y decente continuación de la materia; conviene á saber: dando á cada uno lo suyo, evitar las cosas impropias, usar de todas las legítimas, de manera que el siervo no haga actos de señor..., y el lugar triste entristecello, y el alegre alegrallo.»

Propone una división de las «comedias que caben en nuestra lengua castellana: comedias á noticia y comedias á fantasía: las primeras de cosa nota y vista en realidad; las segundas de cosa fantástica ó fingida, que tenga color de verdad, aunque no lo sea.»

fracción de las supuestas reglas clásicas, tal como la observamos en todas sus obras dramáticas sin excepción, lo mismo en la *Numancia* y en el *Trato de Argel*, que son de su juventud y anteriores á la aparición de Lope, que en las *Ocho Comedias*, que imprimió cuando viejo? ¿Ó es que Cervantes enseñaba una cosa y practicaba otra? Sabido es que el bibliotecario Nasarre quiso salir del atolladero con el absurdo recurso de imaginar que Cervantes había hecho desarregladas sus comedias por parodiar intencionalmente el teatro de su tiempo. ¡Parodia ciertamente singular, y cuya gracia debía de estar muy escondida, pues- to que sólo la percibió el sutil olfato de Nasarre!

Para mí, como para el ilustre historiador alemán de nuestro teatro, es cosa clara que se ha dado á las censuras del *Quijote* un alcance crítico mucho mayor del que tienen. Cervantes no se propuso reducir el teatro español á la imitación de Plauto ó de Terencio: en tal caso, sus propias comedias le hubieran parecido malas y desarregladas, y de fijo no se lo parecían, puesto que las coleccionó, protestando altamente del desdén de sus contemporáneos, que no se las habían querido ver representadas. En las doctrinas literarias de Cervantes hay que distinguir varios impulsos: primero, el respeto á una tradición literaria tenida por infalible, respeto más bien habitual y mecánico que nacido de propio convencimiento; segundo, el mal humor contra los poetas noveles que habían arrojado del teatro á sus predecesores naturales, á la escuela de Juan

de la Cueva y de Virués, á la cual pertenecía Cervantes; tercero, el buen gusto ofendido por dislates evidentes, no tanto por la inobservancia de las unidades de lugar y de tiempo, como por la monstruosa confusión de tiempos y lugares que en el breve espacio de tres jornadas abarcaba una crónica entera; cuarto, la preocupación del fin moral del teatro. Á esta luz se penetrarán bien las palabras de Cervantes, y podrá resolverse la singular antinomia que existe entre las razones y teorías estéticas del canónigo, y la especie de palinodia que canta Cervantes en su comedia de *El Rufián dichoso*. Comparemos ambos lugares, abreviando el primero, por ser tan conocido: «Las comedias que ahora se representan, así las imaginadas como las de historia, todas, ó las más, son conocidos disparates y cosas que no llevan pies ni cabeza, y con todo eso, el vulgo las oye con gusto, y las tiene y aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo; y los autores que las componen, dicen que así han de ser, porque *así las quiere el vulgo*¹, y no de otra manera, y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demás se quedan en ayunas de entender su artificio....»

»Habiendo de ser la comedia, según le parece á Tulio, espejo de la vida humana, exemplo de las costumbres é imagen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos

¹ Alusión evidente á Lope, cuyo *Arte nuevo de hacer comedias* estaba ya impreso.

de necedades é imágenes de lascivia. Porque, ¿qué mayor disparate puede ser en el sujeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? ¿Y qué mayor que pintarnos un viejo valiente y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un paje consejero, un rey ganapán y una princesa fregona? ¿Qué diré, pues, de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden ó podían suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en África, y aun si fuera de cuatro jornadas, la cuarta acabara en América, y así se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo?

»Y si es que la imitación es lo principal que ha de tener la comedia, ¿cómo es posible que satisfaga á ningún mediano entendimiento, que, fingiendo una acción que pasa en tiempo del rey Pepino y Carlo-Magno, al mismo que en ella hace la persona principal, le atribuyan que fué el Emperador Heraclio, que entró con la Cruz en Jerusalén, y el que ganó la casa santa como Godofredo de Bullon, habiendo infinitos años de lo uno á lo otro, y fundándose la comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verisímiles, sino con patentes errores de todo punto censurables?... ¿Pues qué si venimos á las comedias divinas? ¿Qué de milagros fingen en ellas, qué

de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo á un Santo los milagros de otro!.... Todo es en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las historias y aun en oprobio de los ingenios españoles; porque los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos.»

¿Qué extranjeros eran estos? ¿Los italianos, los franceses? ¿Quién había de preferir las comedias de Maquiavelo ó del Ariosto, ni muchísimo menos los pedantescos engendros de Jodelle ó de Garnier, á las maravillas de Lope y de Tirso? ¿Quién había de tener el derecho de llamar bárbaro á un teatro que se honraba ya, á la feña en que Cervantes escribía, con obras tan intensamente dramáticas como *Los Comendadores de Córdoba*, *Peribañez*, *Fuente Ovejuna*, *El Cuerdo en su casa*, *El Duque de Viseo*, *El Villano en su rincón*, y tantas otras? ¿Qué mayor injusticia y arbitrariedad que condenar todo ese desarrollo incomparable del genio español, llamándolo desdeñosamente *conocidos disparates*, y salvar como excepciones cinco ó seis obras, precisamente de las más monstruosas ó de las más insignificantes en medio de su corrección (la *Isabela*, la *Alejandra*, la *Enemiga Favorable*, etc.)? Todo era falso aquí, hasta la afirmación de que los extranjeros despreciasen nuestro teatro, que, por el contrario, en Italia y en Francia era saqueado cada día.

Por lo mismo que algunos se obstinan en con-

siderar el *Quijote*, no como la novela más digna de admiración entre cuantas ha producido el ingenio humano, sino como una especie de evangelio, en que todas las palabras encierran misterios *esotéricos*, conviene poner de manifiesto estos errores y estas arbitrariedades é injusticias de la crítica de Cervantes, y darle á él su tanto de culpa en la rencilla con Lope de Vega, á quien él probablemente atacó el primero, dando lugar á que uno de los discípulos del Fénix de los ingenios saliese á su desagravio con las feroces y villanas represalias del *Quijote* de Avellaneda.

Al fin de su comedia *Pedro de Urdemalas*, repitió Cervantes poco más ó menos las mismas censuras:

«Y verán que no acaba en casamiento,
Cosa común y vista cien mil veces,
Ni que parió la dama esta jornada,
Y en otra tiene el niño ya sus barbas,
Y es valiente y feroz, y mata y hiende,
Y venga de sus padres cierta injuria,
Y al fin viene á ser rey de cierto reino,
Que no hay cosmografía que le muestre:
De estas impertinencias y otras tales,
Ofreció la comedia libre y suelta.»

Con estos antecedentes, ¿cómo no admirarse de encontrar á Cervantes en su vejez alistado entre los partidarios de las innovaciones dramáticas? Y, sin embargo, el hecho no puede ser más evidente: léase el siguiente diálogo, con que se abre la segunda Jornada de *El Rufián Dichoso*, y dígase si su doctrina no es idéntica á la que

veremos expuesta por Juan de la Cueva, Lope y Ricardo del Turia. Hablan dos figuras alegóricas, la Curiosidad y la Comedia:

COMEDIA. ¿Qué me quieres?

CURIOSIDAD. Informarme

Qué es la causa porque dexas
De usar tus antiguos trajes,
Del coturno en las tragedias,
Del zueco en las manuales
Comedias, y de la toga
En las que son principales:
Cómo has reducido á tres
Los cinco actos que sabes
Que en tiempo te componían
Ilustre, risueña y grave:
Ahora aquí representas,
Y al mismo tiempo en Flandes:
Truecas, sin discurso alguno,
Tiempos, teatros, lugares:
Véote y no te conozco....

COMEDIA.

*Los tiempos mudan las cosas
Y perfeccionan las artes,
Y añadir á lo inventado,
No es dificultad notable.
Buena fui pasados tiempos,
Y en estos, si los mirares,
No soy mala, aunque desdigo
De aquellos preceptos graves
Que me dieron y dexaron
En sus obras admirables
Séneca, Terencio y Plauto,
Y los griegos que tú sabes.
He dexado parte de ellos
Y he también guardado parte,
Porque lo quiere así el uso,*

Que no se sujeta al arte.
 Ya represento mil cosas,
 No en relación como antes,
 Sino en hecho, y así es fuerza
 Que haya de mudar lugares,
 Que como acontecen ellas
 En muy diferentes partes,
 Voyme allí donde acontecen,
 Disculpa del disparate.
 Ya la comedia es un mapa,
 Donde no un dedo distante,
 Verás á Londres y á Roma,
 Á Valladolid y á Gante.
 Muy poco importa al oyente
 Que yo en un punto me pase
 Desde Alemania á Guinea,
 Sin del teatro mudarme.
 El pensamiento es ligero,
 Bien pueden acompañarme.

Cervantes se ha respondido á sí mismo, y á la verdad con no malas razones. Ni es de admirar tal contradicción en artistas geniales, sujetos á los impulsos del momento, seres leves y alados, que obedecen á una fuerza incógnita y casi divina.

El mismo año de la publicación del *Quijote*, en 1605, salió á luz en Zaragoza el tomo de *Discursos, epístolas y epigramas*¹, del acicalado versificador valenciano Micer Andrés Rey de Artieda, poéticamente Artemidoro, camarada de Cervantes en Lepanto, y autor de una tragedia de *Los Amantes de Teruel*, que nos le muestra

¹ *Discursos, epístolas y epigramas de Artemidoro. Sacados á luz por Micer Andrés Rey de Artieda. Zaragoza, Angelo Tavanero, 1605. 4.º, 8 hs. prls. y 128 pp.*

afiliado á la escuela de Virués y de Lupercio Leonardo. Era, por consiguiente, Artieda, del mismo modo que Cervantes, uno de los dramaturgos rezagados y vencidos, y, por tanto, uno de los descontentos contra Lope, contra Tárrega y Aguilar, que en su propia ciudad de Valencia le habían sustituido en el teatro. *Inde irae*. Así salieron volando de su aljaba los tercetos enherbolados de la *Epístola al marqués de Cuéllar sobre la comedia*, la mejor cosa que escribió en su vida:

«Como las gotas que en verano llueven,
 Con el ardiente sol dando en el suelo,
 Se convierten en ranas y se mueven;
 Así al calor del gran señor de Delo,
 Se levantan del polvo poetillas,
 Con tanta habilidad que es un consuelo;
 Y es una de sus grandes maravillas
 El ver que una comedia escriba un triste,
 Que ayer sacó Minerva de mantillas.

Y como en viento su invención consiste,
 En ocho días, y en menor espacio,
 Conforme su caudal, la adorna y viste.
 ¡Oh, cuán al vivo nos compara Horacio
 Á los sueños frenéticos de enfermo,
 Lo que escribe en su triste cartapacio!

Galeras vi una vez ir por el yermo,
 Y correr seis caballos por la posta,
 De la isla de Gozzo hasta Palermo,
 Poner dentro Vizcaya Famagosta,
 Y junto de los Alpes Persia y Media,
 Y Alemania pintar larga y angosta.

Como estas cosas representa Heredia,
 A pedimento de un amigo suyo,
 Que en seis horas compone una comedia.»

¿Quién sino Lope era capaz entonces de tal esfuerzo? Á él iban derechos los tiros de Artieda. El resto de su epístola contiene los habituales preceptos clásicos, expresados en versos de elegantísima contextura :

«Es la comedia espejo de la vida,
Su fin mostrar los vicios y virtudes,
Para vivir con orden y medida.
Remedio eficazísimo (no dudes)
Para animar los varoniles pechos
Y enfrenar las ardientes juventudes.
Materia y forma son diversos hechos,
Que guían á felices casamientos,
Por caminos difíciles y estrechos,
Ó, al contrario, placeres y contentos,
Que pasan como rápido torrente,
Y rematan en trágicos portentos.
.....
Porque requiere habilidad perfecta
Para pintar conforme las edades
El vicio y la virtud que predominan,
Y inxerir las mentiras con verdades.
Esto nos muestra al ojo *Celestina*,
Digo el autor, que supo darle el punto
Con tan süave espíritu y doctrina.»

Con menos ahinco que los anteriores, porque no era poeta dramático, ni le movía hostilidad personal contra Lope, censuró Cascales en sus *Tablas poéticas* (1616) las infracciones á la unidad de tiempo : «Siendo esto así, ¿no os reís de nuestras comedias, que, entre otras, me acuerdo haver oído una de San Amaro, que hizo un viaje al Paraíso, donde se estuvo doscientos años, y

después, cuando volvió á cabo de dos siglos, hallaba otros lugares, otros trajes y costumbres? ¿Qué mayor disparate que esto? Otros hay que hacen una comedia de una crónica entera: yo la he visto de la pérdida de España y de la restauración de ella.» Y de las comedias en que se mezclaban «pesadumbres, agravios, desagravios, bofetadas, desmentimientos, desafíos, cuchilladas y muertes,» afirmó con resolución que no eran «tales comedias, ni sombra de ellas, sino unos hermaphroditos, unos monstruos de la poesía, porque ninguna de esas fábulas tiene materia cómica, aunque más acabe en alegría.» «¿Pero tan faltos son de entendimiento los poetas de España (prosigue Cascales), que no acierten á hacer una buena comedia? Faltos de entendimiento, *absit*. Antes en caudal de entendimiento se aventajan á las demás naciones; pero los poetas extranjeros, digo los de algún nombre, estudian el arte poética, y saben por ella los preceptos y observaciones que se guardan en la épica, en la trágica, en la cómica, en la lyrica y en otras poesías menores.»

Á Bartolomé Leonardo de Argensola le cuentan algunos, con poco fundamento, entre los adversarios del drama nacional. Sus tendencias eran clásicas, pero ya hemos visto con qué amplitud. En lo poco que dice del teatro, no desmiente esta tolerancia suya. Idolatra á Terencio, se lamenta del abandono de la tragedia :

«Si hoy la escribes, de sabios admirado,
Al sordo viento volarás, pospuesta
La aclamación del popular senado;»

pero aplaude ciertas innovaciones (v. gr., la disminución del número de los actos), y no extraña que el público encuentre secas las fábulas antiguas. Los preceptos que sobre esto da, no pueden ser más racionales y sensatos :

«Tras esto á musas cómicas te inclinas,
Si bien las sequedades aborreces
De las fábulas griegas y latinas.
Y no lo extraño; pero muchas veces,
En lo que yace desabrido y seco,
Hallan que ponderar discretos jueces.
Si el coturno trocarea por el zueco,
Tu invención fértil goza, que lucido
Sin duda te saldrá, y alegre el truco.
.....
Que si ella, ya con risas, ya con lloros,
Los afectos nos purga en el teatro,
Si en lenguajes más claros que sonoros,
Discurre bien la prosa en metro inserta,
Si guarda á las figuras sus decoros,
¿Hallará alguna impropiedad la puerta
Para descomponer lo que compones,
Ó por abuso ó por descuido abierta?»

Todo esto, mucho más parece apología que censura, y lo demás que Argensola añade, recomendando la verisimilitud y el decoro, condenando los soliloquios que quiere sustituir con los confidentes (plaga más adelante de la tragedia francesa), y reprobando, no la mezcla de lo trágico y de lo cómico, sino el *aplebejar los ánimos gentiles*, y el interrumpir con chistes inoportunos las situaciones trágicas,

«Dejando un noble afecto escarnecido,»

son reglas de eterna verdad, que no arguyen en su autor fanatismo alguno de escuela. Ni de las unidades dice nada explícitamente; sólo aconseja que :

«El lugar, el tiempo, el modo
Guarden su propiedad, porque una parte
Que tuerza de esta ley, destruye el todo.»

Lope pagó al rector de Villahermosa las delicadas condescendencias de esta epístola, llamándole, no una vez sola, el divino aragonés y el primero de cuantos en su tiempo hacían versos líricos en España, sin exceptuar á Góngora.

Pero toda la prodigalidad de elogios de Lope no bastaba á contentar ni á desarmar á ciertos ingenios morosos y displicentes, que, muy preciados de latinos é italianos, hacían rancho aparte, ó más bien militaban por su cuenta y como aventureros sueltos y sin bandera conocida. De ellos era el najerano D. Esteban Manuel de Villegas,

«En versos cortos divino,
Insufrible en los mayores.»

poeta anacreóntico, fácil y gracioso; pero insufrible personaje, lleno de petulancia y arrojo pueril, que le llevó hasta embestir con todos sus contemporáneos, representándose en forma de sol, que con su lumbre oscurece la de las estrellas menores. Villegas no se anduvo en rodeos ni contemplaciones: atacó á Lope por su nombre, en una sátira que él tuvo el absurdo de llamar *elegía*, dirigiéndola, además, á un mozo de mulas, raro personaje para departir con él de

asuntos de arte y de poesía dramática. Villegas, á pesar de su gusto pedantesco y detestable, se creía imitador de los griegos, llamaba *fábulas pias ó remendadas* á las tragicomedias; anunciaba con énfasis un arreglo del *Hipólito* de Eurípides, añadiendo ridículamente que *la preñez de tal obra le costaba cien bujías*, y dirigiéndose á su criado Bartolomé, exclamaba:

«Que, si bien consideras, en Toledo
Hubo sastré que pudo hacer comedias
Y vencer de las musas el denuedo:

Mozo de mulas eres: haz tragedias,
Y el hilo de una historia desentraña.

.....
Guisa, como quisieres, la maraña,
Transforma los guerreros en doncellas,
Que tú serás el cómico de España.

.....
Fábulas compusieron Plauto y Enio,
Que ya para Castilla son escoria.

.....
Más vale ver á Ursón¹ hecho Silvano,
Que llama á la mujer animal bello,
Que cuanto fiscaliza Quintiliano.

Poeta soy también, y estimo el sello
Más que un oydor reciente su garnacha,
Pero por Plauto no daré un cabello.

Miro que su oración toda se agacha,
No cual la tuya ¡oh Lope! que alza cresta
Hasta tocar del sol la ardiente hacha.

¿Pues qué sí tu Rosaura en la floresta
Juega el venablo, y bate los hijares

¹ Personaje de una comedia de Lope: *Ursón y Valentín*.

Del valiente bridón que la molesta?

Allí sí que es gran vicio que repares,
Y más si su perifrasis ensarta
Rubies y margaritas á millares.

Á mí máteme aquel *aparta, aparta*,
Y no la sumisión de Davo á Cremes¹.
.....»

Lo que en Villegas era infantil arrogancia, convertíase en torcedor continuo y pesar del bien ajeno en un antiguo amigo del Tasso (que hacía sonetos en su elogio, sin infundirle su inspiración con ellos), poeta zafrense, muy correcto y muy arreglado, pero seco como un esparto, y duro como un plomo. Llamábase el tal Cristóbal de Mesa, y como traductor de Virgilio, y autor nada menos que de tres epopeyas, se dolía amargamente de que nadie las comprase ni leyese; y, haciendo de la necesidad virtud desdenosa, se jactaba de escribir tan sólo «para los que en Italia sienten bien de ello, y para los que en España tienen entera noticia de la Poética del Philosopho.» Parecíale «oficio mecánico el de los que venden tantas comedias, introduciendo en ellas reyes, y en las tragedias personas vulgares;» dolíase de que los poetas cómicos encontrasen premio, mientras yacían sin él el trágico, el lírico y el épico (él creía de buena fe ser las tres cosas

¹ *Las Eróticas y traducción de Boecio*, de D. Esteban Manuel de Villegas... En Madrid, por D. Antonio de Sancha, 1774, tomo 1, elegía VII, pág. 325 y ss.

La primera edición de las *Eróticas* es de Nájera, por Juan de Mongastón, 1618.